

CLAUDIO GUEUX.



## CLAUDIO GUEUX.



ACE siete ú ocho años vivia en Paris un hombre llamado Claudio Gueux, que era un pobre obrero. Vivian con él una jóven, que era su querida, y un niño de esta jóven. Digo las cosas lisa y llanamente como son, y dejo que el lector recoja las moralidades á medida que los hechos las siembren en su camino.

El obrero era capaz, hábil, inteligente, maltratado por la educacion, pero muy bien tratado por la naturaleza; no sabia leer, pero sabia pensar. Un invierno le faltó el trabajo y no hubo fuego ni pan en su tugurio: el hombre, la mujer y el niño tuvieron frio y hambre. El hombre robó, no sé qué, ni sé dónde; lo único que sé es que de ese robo resultó tres dias de pan y de fuego para la mujer y para el niño, y cinco años de prision para el hombre.

Enviaron al hombre á cumplir su condena á la casa central de Clairvaux, abadía de la que hicieron una Bastilla, celdas que convirtieron en calabozos y altars que trocaron en picota. Cuando se trata del progreso, así es como ciertas gentes lo comprenden y ejecutan; hé aquí lo que hacen en su nombre.

Prosigamos.

Llegado el preso á este sitic, le metieron en un calabozo por la noche y en un taller por el dia. No vitupero la medida del taller.

Claudio Gueux, honrado obrero ayer, hoy ladron, era de aspecto digno y grave. Tenia la frente grande, y aunque era jóven todavía, ya arrugada; algunos cabellos grises se perdian entre la espesa mata de los negros; sus ojos eran dulces y de mirada firme, poderosamente hundidos bajo las cejas, bien modeladas; las narices abiertas, la barba pronunciada y el labio desdeñoso. Era una hermosa cabeza; vereis lo que la sociedad hizo de ella.

Hablaba poco, accionaba menos, pero habia un no sé qué de imperioso en su persona que se hacia obedecer. Tenia el aire pensativo, era sério más que sufrido, y sin embargo, habia padecido mucho.

En el depósito donde encerraron á Claudio Gueux mandaba un director en los talleres, especie de funcionario á propósito para la prision, que reunia al mismo tiempo el carácter de carcelero y el de comerciante, que hacia al mismo tiempo un pedido al obrero y una amenaza al prisionero, que le ponía la herramienta en las manos y los grillos en los piés. Este director era una variedad de la especie; un hombre pequeño, tiránico, obediente á sus ideas y siempre abusando de su autoridad; por otra parte, era en ocasiones buen compañero, buen principal, jovial y hasta burlon con gracia; más duro que firme; no hablaba con nadie, ni aun consigo mismo; buen padre, buen marido sin duda, lo que es

deber y no virtud; en una palabra, no era malvado, pero era malo. Era uno de esos hombres que no tienen nada vibrante ni elástico, que están compuestos de moléculas inertes, que no resuenan con el choque de ninguna idea, ni al contacto de ningún sentimiento; que sienten cóleras frías, ódios sombríos, transportes sin emoción; que adquieren fuego sin calentarse, cuya capacidad calórica es nula, y que parece que estén contruidos de madera; echan llamas por un extremo y están fríos por el otro. La línea principal, la línea diagonal del carácter de este hombre era la tenacidad. Tenía orgullo en ser tenaz y se comparaba con Napoleón; pero esto no era más que una ilusión óptica: muchas gentes se equivocan de este modo, y á cierta distancia toman la tenacidad por voluntad, y la luz de una bujía por la luz de una estrella. Cuando este hombre aplicaba lo que él llamaba *su voluntad* á una cosa absurda, iba con la cabeza levantada al través de los obstáculos hasta llegar al cabo de la cosa absurda. La terquedad sin inteligencia es la tontería llevada hasta la bestialidad, y sirve para prolongarla. Por este camino se vá muy lejos. Por regla general, cuando una catástrofe pública ó privada se desploma sobre nosotros, si examinamos en los escombros que yacen por tierra del modo que estaba andamiada, casi siempre encontraremos que fué ciegamente construida por un hombre mediocre y obstinado, que tenía fé en sí y se admiraba á sí mismo. Muchas veces esas pequeñas fatalidades de la terquedad se toman por providencias.

Hé aquí lo que era el director de los talleres de la prisión central de Clairvaux. Hé aquí de qué materia está formado el eslabón con el que la sociedad hería todos los días á los prisioneros para sacar de ellos chispas: la chispa que semejantes eslabones arrancan á semejantes guijarros, produce incendios con frecuencia.

Dijimos que al llegar Claudio Gueux á Clairvaux fué numerado en un taller y entregado al trabajo. El director, al trabar relaciones con él, reconoció que era un buen obrero y le trató bien. Tanto, que parece que un día, estando de buen humor y viendo muy triste á Claudio, que estaba siempre pensando en la que él llamaba *su mujer*, le contó por vía de jovialidad y de pasatiempo, y con la idea de consolarle, que esa desgraciada se había hecho mujer pública. Clau-

dio le preguntó con frialdad qué era de su hijo, pero el director no lo sabía.

Al cabo de algunos meses Claudio se aclimató al aire de la prisión y parecía que no se preocupaba ya de nada más; la serenidad severa, propia de su carácter, se sobrepuso en él á todo.

Algunos meses después, Claudio se había ya conquistado singular ascendiente sobre todos sus compañeros. Como por una especie de convención tácita, y sin que nadie supiera por qué, ni aun él mismo, todos sus camaradas le consultaban, le oían, le admiraban y trataban de imitarle, que es lo que constituye el último grado ascendente de la admiración. No era insignificante gloria ser obedecido por aquellas naturalezas desobedientes: había conseguido este imperio sin pensar en él; quizás dependía de la mirada de sus ojos, que el ojo del hombre es una ventana por la que se ven ir y venir los pensamientos al cerebro. Poned á un hombre que piense entre hombres que no piensen: al cabo de cierto tiempo, y por la ley irresistible de la atracción, los cerebros tenebrosos gravitarán humildemente y con adoración alrededor del cerebro luminoso. Hay hombres que son de hierro y hombres que son de imán: Claudio era de imán. En menos de tres meses Claudio se convirtió en el alma, en la ley y en el orden del taller. Todas aquellas agujas se volvían hácia su cuadrante. Debía él mismo dudar muchos momentos si era rey ó prisionero; era una especie de Papa cautivo con sus cardenales. Por reacción natural, cuyo efecto se reproduce en todas las escalas, le querían los presos y le detestaban los carceleros: siempre sucede así. La popularidad no se adquiere sin el desfavor. El amor de los esclavos lo contrabalancea el aborrecimiento de los amos.

Claudio Gueux era muy comedor; era esta una particularidad de su organismo; era tal su estómago, que el alimento de dos hombres medianamente comedores le bastaba apenas para alimentarle un día. El duque de Cotadilla tenía uno de esos apetitos y esto le hacía reír; pero lo que es motivo de alegría para un duque, grande de España, que poseía quinientas mil cabezas de ganado, es una carga para un trabajador y una desgracia para un prisionero.

Claudio Gueux, libre, trabajando todo el día en su desván, ganaba un pan de cuatro libras y se lo comía; pero en la prisión trabajaba todo el día también y

solo recibía fijamente, como recompensa del trabajo, libra y media de pan y cuatro onzas de carne. La ración es inexorable. Claudio, pues, tenía hambre habitualmente en la cárcel de Clairvaux. Tenía hambre, pero no lo decía; esto era natural en él.

Un día Claudio acabó de devorar la insuficiente pitanza y se puso á hacer faena, creyendo engañar al hambre con el trabajo. Los otros prisioneros comían alegremente. Uno de ellos, jóven, pálido y débil, se colocó detrás de él. Tenía en la mano su ración sin haberla probado aun, y además un cuchillo. Permanecía en pié, cerca de Claudio, manifestando querer hablar y no atreverse: este hombre, su pan y su carne importunaban á Claudio.

—Qué quieres? le dijo al fin brusca-

mente. —Que me prestes un servicio, le contestó tímidamente el jóven.

—Qué servicio me pides?

—Que me ayudes á comer esta ración; á mí me sobra.

Se humedecieron los ojos altivos de Claudio; tomó el cuchillo, partió la ración del jóven en dos partes iguales, tomó una y puso á comer.

—Gracias, le contestó el jóven; si quieres la partiremos así todos los días.

—Cómo te llamas? le preguntó Claudio.

—Albin.

—Por qué estás aquí?

—Cometí un robo.

—Yo también, le contestó Claudio.

Desde entonces partían todos los días la ración del jóven.

Claudio Gueux tenía treinta y seis años, y había momentos en que aparentaba tener cincuenta; ¡tan severo era habitualmente su pensamiento! Albin tenía veinte años y parecía de diez y siete; ¡tanta inocencia había aun en la mirada de ese ladron! Unió estrecha amistad á estos dos hombres; cariño de padre á hijo, más que afecto de hermano á hermano. Albin era casi un niño y Claudio era ya casi un viejo. Trabajaban en el mismo taller, se acostaban en el mismo departamento, se paseaban por el mismo patio, mordían el mismo pan. Cada uno de los dos amigos encerraba el universo para el otro y parecía que eran dichosos.

Antes ya nos ocupamos del director de los talleres. Este hombre, al que odiaban los presos, con frecuencia se veía obligado para que le obedeciesen á recurrir á Claudio Gueux, al que tanto querían sus compañeros. En más de una

ocasion, al tratar de impedir una rebelión ó un tumulto, la autoridad sin título de Claudio había prestado fuerza á la autoridad oficial del director. Porque en verdad, para contener á los prisioneros, valían más diez palabras de Claudio que diez gendarmes; y éste prestó muchas veces dicho servicio al director, por lo que el director le detestaba cordialmente. Tenía celos de este ladron, sentía en el fondo del alma odio secreto, envidioso, implacable, contra Claudio; el odio del soberano de derecho al soberano de hecho, el odio del poder temporal al poder espiritual. Estos son los peores odios.

Claudio profesaba afecto profundo á Albin, y no se inquietaba por el aborrecimiento del director.

Un día, una mañana, en el momento en que los llaveros pasaban los presos de dos en dos del dormitorio al taller, un carcelero le dijo á Albin, que estaba al lado de Claudio, que el director le llamaba.

—Para qué te llama? le preguntó Claudio.

—No lo sé, le contestó Albin, que salió siguiendo al carcelero.

Se pasó la mañana y Albin no volvió al taller. Cuando llegó la hora de la comida, Claudio creía encontrar en el patio á Albin, pero tampoco estaba allí. Volvió Claudio al taller, pero su amigo no. Así transcurrió todo el día. Por la noche, cuando se llevan los presos á los dormitorios, Claudio buscó con la vista á Albin y tampoco le vió. Sufría mucho en esos momentos, y dirigió la palabra á un carcelero, lo que no hacía nunca.

—Está enfermo Albin? le preguntó.

—No, le respondió el carcelero.

—¿Pues cómo es que no ha estado con nosotros en todo el día?

—Ah! añadió negligentemente el llavero, es que lo han cambiado de cuartel.

Los testigos que depusieron sobre estos hechos más tarde, notaron que, al contestar esto el carcelero, la mano de Claudio, que llevaba una bujía encendida, tembló ligeramente. Este repuso con calma:

—Quién dió esa orden?

—M. D., contestó el carcelero.

El director de los talleres se llamaba M. D.

Al día siguiente tampoco Claudio vió á Albin. Al anochecer, á la hora de terminar el trabajo, el director fué á hacer por el taller la ronda de costumbre. Cuando Claudio le vió desde lejos, se quitó el gorro de grosera lana, se abro-

chó la blusa gris, triste librea de Clairvaux (porque se cree en las prisiones que la blusa respetuosamente abrochada previene favorablemente á los superiores), se puso en pié con el gorro en la mano, á la entrada del banco, esperando así á que pasase el director. El director pasó.

—Señor, le dijo Claudio, ¿es cierto que han cambiado de cuartel á Albin?

—Sí, le respondió el director.

—Señor, prosiguió diciendo Claudio, necesito á Albin para vivir; ya sabeis que no me basta para alimentarme la ración de la casa y que Albin la partia conmigo.

—Eso era cosa suya.

—¿Pero no habria algun medio para que volviera Albin al cuartel que estoy yo?

—Imposible. Se ha tomado ya esa resolución.

—Quién la ha tomado?

—Yo.

—Mirad que es cuestion de vida ó de muerte para mí, y esto depende de vos.

—Nunca vuelvo atrás de mis resoluciones.

—Qué mal os hice, señor?...

—Ninguno.

—Pues entonces, ¿por qué me separais de Albin?

—Porque quiero, le contestó el director.

Dicho esto, M. D. le volvió las espaldas y se fué. Claudio bajó la cabeza y no replicó. ¡Pobre leon enjaulado, al que le quitan el perro!...

Nos vemos obligados á confesar que la pesadumbre de esta separacion no alteró la voracidad del prisionero. Por otra parte, nada pareció cambiar sensiblemente en él. No hablaba de Albin á sus compañeros; se paseaba solo por el patio en las horas de recreo y tenia hambre, nada más.

Sin embargo, los que le conocian bien notaron que su rostro adquiria de dia en dia expresion siniestra y sombría; á pesar de esto continuaba siendo afectuoso con sus camaradas. Muchos de ellos quisieron partir sus raciones con él, pero siempre lo rehusó sonriendo.

Todas las noches, despues de la explicacion que tuvo con el director, procedia de un modo extraño en un hombre tan sério como él. En el momento en que el director, á la hora fija, daba la vuelta todos los dias por el taller de Claudio, éste levantaba la vista y le miraba con fijeza, y despues le dirigia, con acento

de angustia y de cólera, acento que participaba á la vez de la súplica y de la amenaza, estas dos palabras: *Y Albin?* El director hacia como que no lo oia y se alejaba levantando los hombros.

Ese hombre hacia mal en levantar los hombros, porque era evidente para todos los espectadores de estas escenas extrañas que Claudio Gueux estaba determinado en su interior á algo funesto. Todos los prisioneros esperaban con ansiedad ver cuál seria el resultado de esa lucha entre una tenacidad y una resolución.

Una vez, entre otras, Claudio dijo al director:

—Os suplico que me devolvais á mi compañero; me hareis un bien, os lo aseguro. Fijaos en lo que os digo.

Otra vez, un domingo, mientras estaba Claudio sentado en el patio sobre una piedra, con los codos apoyados sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, inmóvil durante muchas horas en la misma actitud, el preso Faillette se acercó á él y le dijo en voz alta:

—Qué diablo haces así, Claudio?

Claudio levantó con lentitud su severa cabeza y le contestó:

—Estoy juzgando á un hombre.

Una tarde, el 25 de Octubre de 1831, en el momento que el director hacia la ronda, Claudio rompió con el pié, haciendo ruido, un cristal de reloj que encontró por la mañana en un corredor. El director preguntó qué era ese ruido.

—Nada, soy yo, contestó Claudio. Señor director, devolvedme á mi compañero.

—Imposible, le contestó M. D.

—Sin embargo, es preciso, dijo Claudio en voz baja, pero firme. Reflexionad. Hoy estamos á 25 de Octubre, y os doy tiempo hasta el 4 de Noviembre.

Un carcelero hizo notar á M. D. que Claudio le amenazaba y que merecia ir á un calabozo.

—No, nada de calabozo, contestó el director con desdeñosa sonrisa; es necesario ser buenos con estos hombres.

Al dia siguiente el preso Pernot aborrió á Claudio, que se paseaba solo y pensativo, que habia dejado que sus demás compañeros se recreasen en un cuadrado de sol que habia al otro extremo del patio.

—En qué piensas, Claudio? ¡Estás muy triste!

—Temo, le contestó Claudio, que le suceda pronto una desgracia al director M. D.

Median nueve dias desde el 25 de

Octubre al 4 de Noviembre. Claudio no dejó transcurrir uno solo sin advertir con gravedad al director de los talleres el estado, más doloroso cada vez, en que le ponía la desaparicion de Albin. Aburrido de él, el director le castigó una vez con veinticuatro horas de calabozo, porque su ruego parecia mandato. Hé aquí lo que Claudio consiguió.

Llegó el dia 4 de Noviembre; este dia se despertó Claudio con semblante tan sereno, cual no se le habia visto desde el dia que la *decision* del director le separó de su amigo. Cuando se levantó se puso á registrar una caja de madera blanca, que tenia á los piés de la cama y que contenia algunas bagatelas. Sacó un par de tijeras de costurera. Estas tijeras y un volumen suelto del *Emilio* eran lo único que le quedaba de la mujer que idolatraba, de la madre de su hijo. Dos muebles inútiles para Claudio; las tijeras solo podian servir á una mujer y el libro á un letrado, y Claudio no sabia coser ni leer.

En el instante en que atravesaba el antiguo claustro deshonrado y blanqueado, que sirve de paseo de invierno, se acercó al preso Ferrari, que examinaba atentamente los enormes barrotes de una reja. Claudio llevaba en la mano el par de tijeras y se lo enseñó á Ferrari, diciéndole:

—Esta tarde yo cortaré esos barrotes con estas tijeras.

El incrédulo Ferrari se echó á reir; Claudio hizo lo mismo.

Esa mañana trabajó con más ardor que de ordinario; jamás lo hizo tan de prisa ni tan bien. Parecia que tenia empeño en terminar durante la mañana un sombrero de paja que le habia pagado anticipadamente el hombre que se lo encargó. Poco antes del medio dia descendió, buscando un pretexto, al taller de los carpinteros, situado en la planta baja, bajo del piso donde él trabajaba. Claudio era querido allí como en todas partes, aunque se presentaba allí pocas veces. Por eso le dijeron:

—Aquí tenemos á Claudio.

Todos le rodearon, y su llegada fué una fiesta para el taller. Claudio paseó la vista por la sala, y no viendo en ella á ningún vigilante, dijo:

—¿Quién de vosotros puede prestarme una hacha?

—Para qué? le preguntaron.

—Para matar esta noche al director de los talleres, les respondió.

Le presentaron muchas hachas para

que eligiese una; Claudio tomó la más pequeña, que estaba muy afilada, la ocultó en el pantalon y salió. En ese taller habia veintisiete prisioneros y no les recomendó el secreto, pero todos lo guardaron.

Ni siquiera sacaron conversacion de este asunto y cada cual esperaba en silencio á ver lo que iba á acontecer, porque el suceso habia de ser terrible, recto y sencillo; no habia en él complicacion posible. A Claudio no se le podia aconsejar, ni querian denunciarle.

Una hora despues se acercó á un preso, jóven de diez y seis años, que barría en el sitio del paseo, y le aconsejó que aprendiese á leer. En este momento el detenido Faillette se aproximó á Claudio y le preguntó qué era lo que ocultaba en el pantalon. Claudio le dijo:

—Es una hacha para matar á M. D. esta noche. Pero se me conoce?

—Un poco, le contestó Faillette.

El resto del dia se pasó como de ordinario. A las siete de la tarde encerraron á los prisioneros, cada seccion en el taller que tenia asignado, y los vigilantes salieron de las salas de trabajo, como es costumbre, para no volver á entrar hasta despues que hiciese la ronda el director. Claudio Gueux fué cerrado con cerrojos en su taller, con sus compañeros de trabajo: entonces pasó en dicho taller una escena extraordinaria, una escena de majestad y de terror, única acaso en su género. Habia en el citado departamento, como consta en la instruccion judicial que se tomó despues, ochenta y dos ladrones, comprendiendo á Claudio en ese número.

Cuando los vigilantes los dejaron solos, Claudio se puso en pié sobre un banco y anunció á sus compañeros que tenia que hablarles. Profundo silencio reinó en la sala.

Entonces Claudio, levantando la voz, dijo:

—Todos sabeis que Albin es mi hermano. El alimento que aquí me dan es insuficiente para mí; ni aun gastando en pan lo poco que gano me bastaria; Albin partia su racion conmigo: yo le quiero, en primer lugar porque me alimentó, y en segundo lugar porque me profesó cariño. El director M. D. nos ha separado. En nada le perjudicaba que estuviésemos juntos, pero ese hombre es un malvado que goza atormentando á los demás. Le pedí muchas veces que me devolviese á Albin; ya sabeis lo que me contestaba siempre; le dí de plazo

hasta el 4 de Noviembre para que le permitiese volver aquí; me encerró en un calabozo por haber dicho esto. Durante este tiempo le he juzgado y le he sentenciado á muerte. Hoy estamos á 4 de Noviembre; entrará aquí dentro de dos horas á hacer la ronda. Os prevengo que voy á matarlo. ¿Teneis algo que oponer á lo que digo?

Todos guardaron silencio.

Claudio continuó hablando con la sinistra elocuencia que en él era natural. Declaró que iba á cometer una accion violenta, pero no creia proceder con injusticia, añadiendo lo siguiente, que los ochenta y un ladrones escuchaban sin pestañear:

—Que esa medida le habia reducido al último extremo;

Que hacerse justicia por sus manos era una calle sin salida, en la que se encontraba comprometido muchas veces;

Que no podia quitar la vida al director sin entregar la suya propia, pero que él creia que era un deber perder la vida por una causa justa;

Que habia reflexionado maduramente sobre esto durante dos meses;

Que creia que no se dejaba arrastrar por el resentimiento, pero que en el caso de que se equivocase, les suplicaba que se lo advirtiesen;

Que sometia honradamente sus acciones á los hombres justos que le escuchaban;

Que iba á matar á M. D., pero que si alguno queria objetarle, estaba dispuesto á oírle.

Solo uno de sus compañeros se atrevió á hablar para decirle que antes de matar al director debia probar la última vez á hablarle y ver si cedia.

—Es justo, contestó Claudio, y lo haré así.

Dieron las ocho en el reloj grande. El director debia venir á las nueve.

Despues que este extraño tribunal ratificó en cierto modo la sentencia que Claudio habia pronunciado, éste adquirió toda su serenidad. Puso sobre una mesa todo lo que poseia de ropa blanca y de toda clase, pobres despojos de un prisionero, y llamando á sus compañeros, unos tras otros, la distribuyó toda. Solo conservó el par de tijeras. Despues los abrazó á todos; algunos lloraron, y á éstos Claudio les sonrió.

Tuvo en esta última hora instantes en los que habló con tal tranquilidad y con tal alegría, que muchos de sus camaradas esperaban interiormente, y así

lo declararon despues, que hubiera abandonado su fatal resolucion. Hasta se distrajo unos momentos en apagar una de las pocas bujías que alumbraban el taller con el soplo de la nariz, porque poseia malos hábitos de educacion, que sentaban mal con frecuencia á su natural dignidad.

Se apercibió de que un preso joven estaba muy pálido, le miraba fijamente y temblaba, sin duda esperando el desastroso acontecimiento.

—Ten valor, le dijo Claudio, eso será negocio de un instante.

Cuando acabó de distribuir la ropa, de estrechar todas las manos y de despedirse, interrumpió algunas conversaciones inquietas que se entablaron aquí y allá, en los rincones oscuros del taller, y les mandó que se volviesen á entregar al trabajo. Todos callaron y obedecieron.

El taller donde sucedia esta escena era una sala oblonga, un largo paralelógramo, agujereado por ventanas en sus dos grandes lados y por dos puertas, enfrente una de otra, en sus dos extremidades. Los oficios estaban alineados á cada lado, cerca de las ventanas; los bancos tocando la pared; en el ángulo derecho, el espacio que quedaba libre entre las dos líneas de los oficios formaba una especie de camino largo, que iba en linea recta desde una de las puertas á la otra, y de este modo atravesaba toda la sala. Este largo y estrecho camino es el que recorria el director al hacer la inspeccion; entraba por la puerta del Sur para salir por la puerta del Norte, despues de haber pasado revista á los trabajadores á la derecha y á la izquierda. Ordinariamente atravesaba este camino con rapidez y sin detenerse.

Claudio habia vuelto á colocarse en su banco y se puso á trabajar. Todos estaban esperando, porque el momento decisivo se aproximaba. De repente se oyó un sonido de campana. Claudio dijo:

—Son los tres cuartos.

Entonces se levantó, atravesó con gravedad parte de la sala y fué á situarse en el ángulo del primer oficio, á la izquierda, al lado de la puerta de entrada. Su rostro estaba perfectamente sereno.

Sonaron las nueve en el gran reloj; la puerta se abrió y el director apareció en el taller. Los prisioneros estaban inmóviles y callados como estatuas. El director venia solo, como siempre.

Entró con rostro jovial, satisfecho é inexorable; no vió á Claudio, que estaba de pié, á la izquierda de la puerta, ocultando la mano derecha en el pantalon, y pasó con rapidez por delante de los primeros oficios, meneando la cabeza, mascando las palabras y lanzando aquí y allá su mirada, sin apercibirse de que todos los ojos que le rodeaban estaban fijos en una idea terrible.

De pronto, el director se volvió bruscamente, sorprendido al oír pasos detrás de él: era Claudio, que le seguia algunos instantes ya.

—Qué haces ahí? le dijo M. D.; ¿por qué no estás en tu sitio?

El hombre no es ya hombre en la cárcel; es un perro y se le tutea.

Claudio Gueux respondió respetuosamente:

—Tengo que hablaros, señor director.

—De qué?...

—De Albin.

—Todavía insistes?...

—Insistiré siempre, le contestó Claudio.

—¿No te han corregido las veinticuatro horas de calabozo? le dijo el director sin dejar de andar.

Claudio le seguia.

—Señor director, devolvedme á mi compañero.

—Imposible!

—Señor director, continuó diciendo Claudio, con acento que hubiera enternecido á un demonio; os lo suplico que vuelva aquí Albin y vereis qué bien trabajo entonces. A vos, que sois libre, esto os es igual, porque no sabeis lo que es un amigo; pero yo, yo no tengo más que las cuatro paredes de la cárcel. Vos podeis ir y venir; yo no tengo más que á Albin; devolvedmele. Albin me daba el alimento que yo necesito para vivir, y para que yo consiga mi objeto, os basta con decir que sí. Os debe ser indiferente que él esté en este taller ó en otro. Señor director, os suplico en nombre del cielo que me complazcais.

Claudio no habia hablado nunca de este modo á ningun carcelero: despues de agotar este último esfuerzo, esperó. El director le replicó con impaciencia:

—Imposible; ya lo he dicho. No me hables más de eso, porque me molestas.

Dicho esto redobló el paso, como si tuviese prisa; Claudio tambien, y así llegaron uno y otro á la puerta de la salida; los presos les miraban con ansiedad.

Claudio tocó al director por el brazo con suavidad y le dijo:

—Al menos que yo sepa por qué se me sentenció á morir. Decidme por qué habeis separado de mí á Albin.

—Ya te lo dije; porque quise.

M. D., dando las espaldas á Claudio, adelantó la mano hácia el picaporte de la puerta de la salida.

Al oír esta respuesta del director, Claudio retrocedió dos pasos. Las ochenta estatuas presentes le vieron sacar del pantalon la mano derecha que empuñaba el hacha; se levantó dicha mano, y antes de que el director pudiese lanzar un grito, tres hachazos, asestados los tres sobre la misma muesca, le abrieron el cráneo. En el momento de caer derribado, un cuarto golpe de hacha le acuchilló el semblante, y despues, ciego de furor y de cólera, Claudio le hendió la pierna derecha de un quinto hachazo, inútil, porque el director estaba ya muerto.

Claudio arrojó entonces el hacha, gritando: *ahora falta el otro*; el otro era él.

Sacó las tijeras de debajo de la blusa y se las hundió en el pecho, sin que nadie tratase de evitarlo. El acero era corto y el pecho lo tenia hundido: se las sacó y se las volvió á meter varias veces, exclamando: "¡Infame corazon, que no te puedo encontrar!". Al fin, bañado en su propia sangre, cayó al suelo desvanecido encima del muerto.

Cuál fué la víctima del otro?

Cuando Claudio recobró el conocimiento se encontró en una cama, vendado y fajado. Tenia á su cabecera, cuidando afectuosamente de él, hermanas de la Caridad, y además un juez, que instruia su proceso y que le preguntaba con gran interés:

—Cómo os encontráis?

Claudio habia perdido gran cantidad de sangre, pero las tijeras con que intentó matarse no obedecieron á sus deseos, y ninguna de las heridas que se causó con ellas era peligrosa; solo eran mortales para él las que causó al director M. D.

Comenzaron los interrogatorios. Le preguntaron si fué él el que mató al director de los talleres de las prisiones de Clairvaux: respondió que sí. Le preguntaron por qué: respondió: *porque quise*.

Llegó, sin embargo, un dia en que sus llagas se envenenaron y se apoderó de Claudio una fiebre maligna, de la que estuvo en peligro de morir. Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero se pasaron entre cuidados y preparativos: médicos y jueces no se separaban de